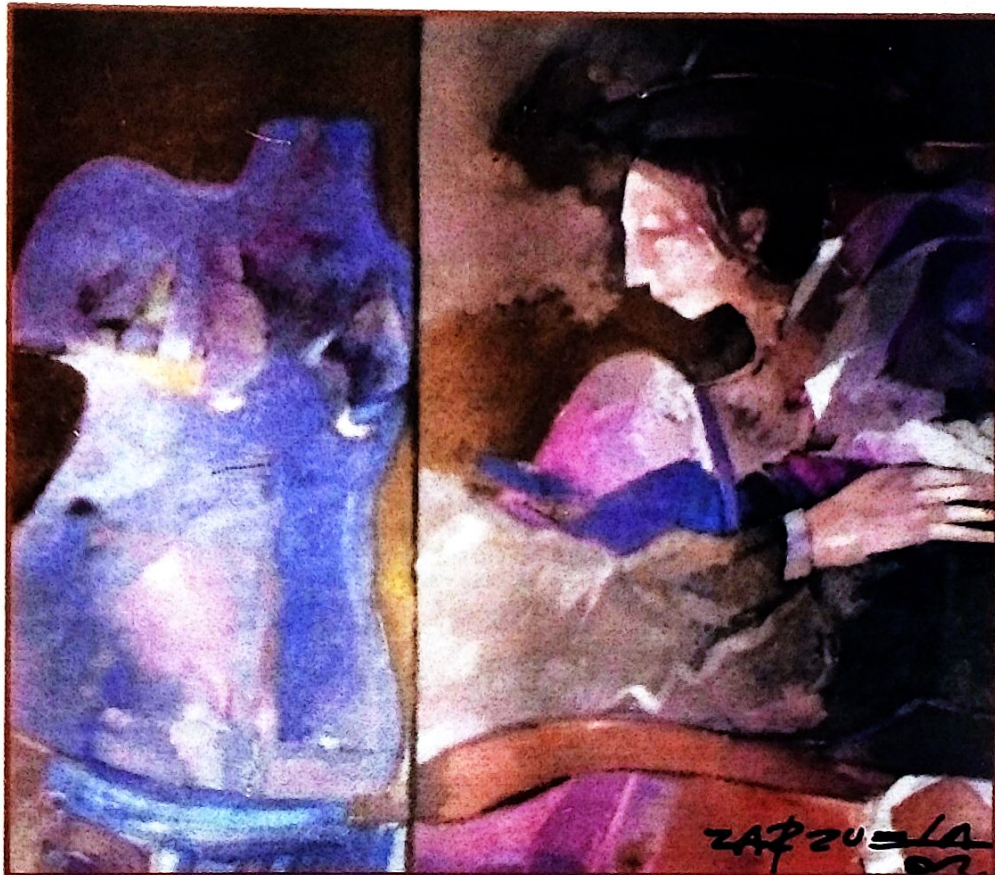




D.L. 5 - 3 - 63 - 10

ISSN 2219-0376



Pablo Arango • Mariano Baptista • Tambor Vargas • Jaime Martínez-Salguero
Homero Carvalho • Jorge Luis Borges • Demetrio Reynolds

LA PATRIA
SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XVII n° 452 Oruro, domingo 12 de septiembre de 2010

FUNDACION

ZOFRO
CULTURAL



Maraquí. Óleo sobre tela 50x50 cm
Erasmo Zarzuéla

Síntomas

Son los signos visibles de una enfermedad. En la escritura y el habla recientes, el uso de las siguientes palabras constituye un síntoma: *paradigma, proceso, dinámica, sociocultural, sociopolítico, socio... lo que sea, actores* (para referirse a cualquiera).

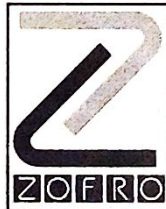
No se ha establecido si cada una es la manifestación de una enfermedad distinta, o si su combinación, que se presenta con una alarmante frecuencia, produce una enfermedad nueva más letal.

Pablo Arango en *Diccionario Personal*.



el duende
director: luis urquieta m.
consejo editor: alberto guerra g. (f)
benjamín chávez c.
erasmo zarzuéla c.
adolfo cáceres r.
coordinación: julia garcía o.
diseño: david illanes
casilla 448 telfs. 5276816-5288500
elduende@zofro.com
lurquieta@zofro.com

el duende on line: www.zofro.com/elduende



El Duende no mantiene correspondencia obligatoria de publicación con colaboraciones no solicitadas; tampoco comparte necesariamente las ideas expresadas por sus autores.

Los envidiosos



Nuestra sociedad colonial, asentada en el trabajo casi gratuito de los indígenas, constituía sin duda el sumun de la ociosidad y la intolerancia religiosa y por tanto, de la envidia. Nada era más importante en ella, que la disputa por los títulos, la limpieza de sangres, el número de esclavos negros, de mitayos y de encomendados, el derecho a la vereda o al reclinatorio en la catedral... futelezas dictadas por la gangrena que corroía las almas indolentes.

Fernando Díaz Plaza en su obra *El español y los siete pecados capitales*, dedica naturalmente uno de los capítulos más reveladores y sabrosos a la envidia, destacando la paradoja de que uno de los pueblos más generosos del mundo, sea también, probablemente, el más envidioso.

Todas las formas y expresiones del fenómeno, retratadas por este autor, trátese del elogio condicionado o reticente, de la maledicencia que rodea a quien empieza a surgir en cualquier campo, y muchos más en los de la política o la literatura, el refranero de maldades sobre los pueblos y las aldeas, el gozo de la gente por los palos que fulano o zutano recibe en la prensa, o el peculiar significado que adquieren ciertas palabras, que en otros idiomas resultan inocentes, todo ello podría reproducirse, y magnificado en América Latina, o particularmente en Bolivia, cuya sociedad pareciera ciertamente vivir en un inmenso convento, tan apartada como está del resto del mundo, tanto por la mediterraneidad de su territorio, como por la ociosidad mental de la gran mayoría de sus miembros, impermeables al cultivo de su teatro interior.

Una víctima de la envidia que devino en odio, en nuestra historia política, es Marcelo Quiroga Santa Cruz. Perteneciente a una ilustre familia cochabambina, hijo de un ministro de Salamanca y luego alto funcionario de la Casa Patiño, Marcelo pudo haber seguido el curso tranquilo de existencia acomodada que le permitían sus bienes y clase. Pero desde muy temprano dio muestra de inconformidad y de talento explorando diversos campos, desde el cine experimental hasta el periodismo, sobresaliendo en todos.

A los 26 años incursionó en la literatura con la novela *Los Deshabitados*, con la que marcó un rumbo nuevo a la literatura boliviana. Elegido diputado por Cochabamba, se enfrentó al régimen de Barrientos, siendo apresado y confinado en Alto Madidi. Su anciano padre, a quien llegó la noticia de que Marcelo había sido asesinado, murió en Cochabamba, víctima de un síncope cardíaco.

Gentes incapaces de pronunciar un discurso que no fuese redactado por un pendolista alquilado envidiaban en Quiroga Santa Cruz, la maestría oratoria, incapaces de redactar un telegrama, celaban al novelista premiado y al periodista insobornable, incapaces de renunciar a cualquier ventaja material denostaban del hombre que se había desprendido de todo, para darse a la causa de los desheredados.

Mariano Baptista Gumucio, Cochabamba.
Miembro de la Academia Boliviana de la Lengua.

Desde mi rincón:

Cátedra de papel

TAMBOR VARGAS

Ya hace meses que apareció el volumen de José Gramunt de Moragas SJ. ¿Es o no es verdad? (La Paz, 2009, 299 p.). Creo que es merecedor de mayor atención que la que, en el mejor de los casos, suele dedicar la prensa en sus rutinarias gacetillas de la actualidad cultural.

Y a fe que su autor no necesita presentación. Desde hace más de medio siglo ocupa un lugar destacado en el mundo de la comunicación social boliviana. A fines de los años cincuenta, empezó haciéndose cargo de la dirección de Radio FIDES, donde reemplazó al P. Pierre Descotes; a raíz del ambiente creado en el país durante la presidencia militar del Gral. Torres y de la 'Asamblea del Pueblo', fue a dar a Roma para colaborar en Radio Vaticana. Depuesto aquel gobierno y sus anteojos, Gramunt retornó al país, a 'su' Radio Fides. Para entonces ya había fundado, en 1963, la Agencia de Noticias Fides (ANF), que sigue manteniendo a flote hasta hoy, cuando Gramunt está cerca de coronar, como quien no dice nada, su década octogenaria.

El P. Gramunt lleva, pues, más de medio siglo al pie del cañón periodístico. Además de mil otras tareas, obligaciones y compromisos, lo ha hecho a través de su columna "¿Es o no es verdad?". Primero, como editoriales meridianas de Radio Fides; después, como columnas de opinión en el matutino del Episcopado boliviano *Presencia* y, cuando este diario feneció, en *La Razón* de PRISA (si es que lo sigue siendo) y en otros órganos de la prensa del país que han contratado este servicio diario de ANF. Mantener durante medio siglo largo una columna periodística está pronto dicho, pero supone muchas cosas; en resumen: una resistencia maratónica. Y nada de esto cambia por el hecho de que últimamente su columna ya no es diaria, sino de sólo algunos días de la semana.

No voy a improvisar una 'teoría' al respecto, pero sí quisiera destacar una sola cualidad: la resistencia de una 'guerra de posiciones'; es decir, el abandono de aquella ilusión juvenil de ganarla con cuatro tiros o, mejor, con unos juegos de artificio. Pero, hablando de 'guerra' y de 'tiros', bien tiene derecho el lector de preguntarse: hablando de Gramunt ¿y de qué guerra o de qué tiros estamos hablando? Tampoco aquí podemos liquidar el tema con un par o tres de banalizaciones; ni con otro par de lugares comunes. Ningún periodista que sea capaz de mantenerse en la poco exaltadora posición de acudir cada noche a la cita para que, al día siguiente, su 'clientela' pueda desayunar leyéndole, habrá podido mantener por mucho tiempo la ilusión de 'conquistar el mundo' (para el efecto, conquistar la adhesión de aquella minoría que, al hojear el periódico, asoma a la página de opinión). Es decir, necesita -para empezar- una buena dosis de dos cosas aparentemente tan incompatibles entre sí como son el escepticismo de corto plazo y unas incommovibles convicciones de tan largo plazo como la vida misma. Y por debajo de ello, una fe ciega en que la gota de agua infaliblemente acabará agujereando la piedra (casi como aquella fe evangélica que mueve montañas). Porque su convicción invencible el columnista de opinión no la mide por los efectos o los resultados visibles e inmediatos; peor todavía: aunque no los hubiere, igual acudiría cada noche con su hoja



escrita para la mañana siguiente: es que le basta saber que una sociedad, para sobrevivir, también necesita de este oxígeno que es el ejercicio de la libre, honesta e independiente opinión. Ésta es la vela de armas que ha venido sosteniendo Gramunt durante los últimos cincuenta años. Y quienquiera que sepa algo de lo sucedido en el país en ese medio siglo, podrá apreciar con cierta precisión la finura y la fijeza de pulso que se ha necesitado para no cambiar de 'teoría' ni pasarse al negocio de enfrente ni venderse al mejor postor.

Veo la obra de Gramunt como un monumento a la misión que asigna a la razonabilidad, al sentido común, al respeto a la ley, al debate argumentado; y un mentís rotundo a cualquier tipo de fundamentalismo: tanto al de los apocados y resentidos como al de los milenaristas y 'proféticos'. De un perfil más humilde que el de quienes se autoasignan misiones trascendentales, ha sido el árbol de largas raíces que ha hecho frente a los desmanes 'revolucionarios', a los contrarrevolucionarios civiles y militares y, más cerca en el tiempo, a los de los nuevos redentores con patente de corso para pisotear cualquier ordenamiento político (incluso, si conviene, el suyo propio). Ha visto pasar dictaduras como la del MNR; dictaduras civil-militares como la banzerista; caudillajes carismáticos como el de Barrientos; el narcotráfico encaramado en el gobierno como el de García Mesa; desmadrados populismos marxistas como el de la UDP; los gobiernos formalmente democráticos como los del así denominado 'neo-liberalismo'; hasta los actuales ejercicios de aprendices de brujos. Gramunt los ha contemplado desde su observatorio: ha señalado tanto sus contradicciones o debilidades como sus amenazas o trampantojos. No sé si también cabría darle a él aquel lema: SEMPER IDEM ('siempre el mismo'). Porque Gramunt no ha tenido que cambiar de 'teoría' ni de principios rectores para juzgar la realidad: le han bastado sus bagajes jurídico y teológico, pasados ambos por la piedra de toque de su experiencia vivida.

De este retrato sólo puede dar cuenta parcial el material seleccionado en el libro arriba registrado. Éste ha nacido del aprecio que le profesa un grupo de amigos, a cuya cabeza parece encontrarse Jorge Siles Salinas (autor del prólogo). Ante la absoluta imposibilidad de reunir la totalidad de su producción periodística, ha habido que limitarse a una doble selección: la que se ha practicado sobre el material aparecido entre los años 2003 y 2008 y, dentro de ella, todavía una pequeña re-

presentación (entre veinte y treinta piezas por año, lo que da un total de cerca de dos centenares de artículos). Al través de esta muestra puede su lector hacerse una idea bastante fiel del perfil periodístico de Gramunt. De él, llama la atención, en primer lugar, su amplio horizonte, tanto en lo geográfico como en lo temático: política, costumbres, ideas, instituciones, religión; pero sin retroceder a la actualidad más rabiosa y efímera de cada momento. Todo puede convertirse en materia de su reflexión; y ésta suele envolver o ir envuelta en un punto de llegada: una verdad o una posición que se propone transmitir al lector.

En las que llama "crónicas matutinas", Siles Salinas caracteriza la pluma de Gramunt como "llenas de buen juicio, redactadas con estilo del mejor oficio crítico y, a la vez, con

transparencia y amenidad"; no hace falta seguirlas por muchas semanas para encontrar en ellas un uso abundante del refranero y de la fraseología castellanos (no digo 'españoles', que sería otra cosa); todo servido dentro de un permanente juego entre la ironía distanciada y la contundencia aseverante o presuponedora. En su técnica de viejo profesional juega un papel importante la formulación de los títulos, que con alta frecuencia se componen de una sola palabra (y raramente pasan de tres), como si la experiencia le hubiera enseñado que la eficacia es inversamente proporcional a la verborrea titulada, tan boliviana. Si un filólogo español pudo titular su recopilación de artículos *El dardo de la palabra*, también Gramunt conoce la eficacia de la parquedad a la hora de poner título a sus consideraciones: es la flecha que concentra la atención del (posible y esperado) lector. ¿Cuánto podrían aprender los aprendices de periodistas en estas páginas! Y no sólo ellos. Y no sólo en materia de manejo de la lengua. Que éste sólo cumple con su cometido cuando está al servicio del asunto de que trata y del mensaje que transmite.

Acabemos: Siles Salinas cree poder perfilar el credo de Gramunt así: "respeto a la dignidad de la persona humana, la adhesión indeclinable a la justicia, al Estado de Derecho, a la normatividad democrática, así como el rechazo al avasallamiento totalitario". Que todos estos 'dogmas' puedan pasar, en nuestros días, por equivalentes de 'reacio al cambio'; es decir, de 'reaccionario' y de 'defensor acastillado de privilegios e injusticias', nos permite medir el desorden en que vivimos. También, la profunda incomodidad en que viven quienes comparten las convicciones de Gramunt. Y la profunda necesidad en que estamos de seguir recibiendo sus pequeñas dosis de buen sentido y de las verdades que mantienen su valor al margen de las modas.



Gabriela Mistral

Discurso del Académico Jaime Martínez-Salguero en la presentación de la Antología de Gabriela Mistral que de la Asociación de Academias de la Lengua Española, en la Editorial Santillan

El salón brilla con todas las luces encendidas; en él, reyes, embajadores, científicos de diferentes disciplinas, gente de espíritu. Todos vestidos de rigurosa etiqueta. Una figura femenina se alza en la escalinata desplegando su 1,80 metros de estatura, pero lo que arranca una ovación de los asistentes al acto es la altura intelectual de esta mujer, al haber construido una obra poética de gran valor literario. Se llama Lucila Godoy Alcayaga, más conocida en el mundo como Gabriela Mistral. El lugar, Estocolmo; la fecha, el 10 de diciembre de 1945; la ocasión, la entrega del Premio Nobel de Literatura al primer escritor latinoamericano que alcanza ese galardón, y a la cuarta mujer en merecer esa distinción.

Nacida en Vicuña, valle del Elqui, un escondido rincón de Chile, Gabriela Mistral, para su propia sorpresa, anduvo por el mundo como poeta, maestra o diplomática, sin anclar definitivamente en ninguna parte, pero, la obra literaria que ha producido, el aliento espiritual introducido en su verso y en su prosa ha recalcado en muchos corazones, permaneciendo en ellos con el toque de lo eterno, que la poesía produce en el alma sensible. Oriunda de los Andes, bebió el paisaje a grandes sorbos vitales, asimilando de esta manera la energía cósmica que surge de las montañas, y, sin darse cuenta las fue introduciendo en su alma como parte integradora, esencial, de su ser, a tal punto que no puede vivir sin ellas. Gabriela Mistral cobra consciencia de esta realidad existencial cuando las tiene que dejar para cumplir tareas en otras tierras. En ese momento, las extraña como realidad física, pero las siente latir con invisible resuello de viento cordillero que se levanta en su interior agitando vivencias y paisajes interiores, con los cuales vence a la nostalgia de estar separada de ese mundo

*nuestro cumplimiento con la tierra de América ha comen-
zado por sus cogollos: parece que tenemos contados todos los
caracoles, los colibríes y las orquídeas nuestros, y que siguen en
vacancia cerros y soles, como quien dice la peana y el nimbo de
la Walkiria terrestre que se llama América. (P 332)*

Y un día, con claridad de relámpagos espirituales, con la fuerza del rayo subjetivo, con truenos que repercuten en sus huesos, anunciando el milagro de la creación literaria surge en su alma el poema *América*. Allí está la voz de esta varona madurada en y con el sufrimiento, que la ha hecho vibrar desde la adolescencia con el dolor, que incubaba su verbo en el corazón, lo hace subir a la altura del espíritu, y da a luz sus poemas, en esta oportunidad, la cordillera de los Andes, hecha poema.

Como las montañas, surgidas de increíbles cataclismos y explosiones de lava, que se elevan, se elevan alumbrando el ambiente para formar recias figuras al caer sobre ella misma, al impulso de la gravedad creadora, en cosmogonías que nos hablan de comienzos y de finales de una etapa del universo; el poema *América* surge como fuego vital del alma de Gabriela Mistral, quemando palabras, dándoles forma, ritmo y figura en sus metáforas

*Llegas piadoso y absoluto/ según los dioses no llegaron/ tórtolas
blancas en bandada/ maná que baja sin doblarnos/ No sabemos
qué es lo que hicimos/ para
vivir transfigurados/ En especies
solares nuestros Viracochas
se confesaron/ y sus
cuerpos los recogimos/ en sa-
cramento calcinado.*



Gabriela Mistral

Ahí está la génesis poética de la cordillera interior, la que cotidianamente se inicia en la psique con la mirada del hombre al contemplar el macizo andino, y se renueva con la visión del día siguiente, transformada por nueva emoción, para hacer lo mismo al que le sigue, depositando la *piadosa respiración* de lo absoluto en el interior del ser humano, respiración con la cual se alimenta espiritualmente para desarrollar su personalidad con ingrediente terrígena. Y, si bien *los dioses no llegaron*, sí lo hace, cotidiana, permanentemente el hábito supremo que se respira en las alturas, modificando la visión intelectual de las cosas y permitiéndonos verlas en su profunda esencialidad. La cordillera, ante la percepción poética de la Mistral es un conjunto de *tórtolas blancas en bandada* que se despliega en el horizonte, sin moverse, pero señalando rumbos de energía cósmica, y esta fuerza es *maná que baja sin doblarnos*, nutriéndonos con manjar energético, como ese milagroso alimento lo hizo con los israelitas, peregrinos en el desierto, conservándoles el ideal de llegar a la tierra prometida. De la misma manera, la potencia telúrica del Ande es una brújula interior que quiere construir una cultura, tomando al ser humano como elemento catalizador de esa energía.

El permanente contacto con las montañas produce en el interior del hombre un sedimento espiritual, capaz de transfigurarlos, de convertirlos en un ser sui géneris, en un hijo de la montaña. De ahí que la poeta nos diga: *No sabemos qué es lo que hicimos/ para vivir transfigurados*. La transfiguración es el toque de lo superior, capaz de añadirle al hombre un nuevo contenido, una nueva realidad más humanizadora, sin que él se dé cuenta de ello. Es la presencia de lo divino en lo humano, como sucedió en el monte Tabor, donde Jesús, Moisés y Elías, sin dejar de ser hombres, resplandecían con fulgor divino. De la misma manera, la cordillera de los Andes, en la visión de Gabriela Mistral, transforma a los hombres en especies creadoras de cultura geométrica, con pensamiento de raíz cósmica, como se puede apreciar en Tiwanaku o Teotihuacán; o sea, los transforma *En especies solares nuestros viracochas se confesaron*; es decir, la gente, los viracochas, los andinos anteriores a la conquista española, los transfigurados en una especie de dioses, en el Wirakjocha del mito aimara, son los hombres de estirpe solar.

La cordillera de los Andes se muestra al humano con el ímpetu de la tierra que sube al cielo empujando aristadas rocas, vestidas de blanco, en su afán de encontrarse con lo infinito que la rodea. Habla con fuertes voces silenciosas, que se introducen en el hombre con el llamado de construir un ideal de belleza y de perfección, y, cuando los humanos tienen la capacidad de escuchar esa convocatoria, y le son obedientes, entonces, como dice el boliviano Franz Tamayo, la montaña se hace hombre y piensa. Naturaleza y hombre se unen y producen cultura con el genio del lugar. Por eso, nuestra poeta dice:

*¡Carne de piedra de la América, / halál de piedras rodadas,
/ sueño de piedra que soñamos, / piedras del mundo pastoreadas;
/ enderezarse de las piedras / para juntarse con sus almas! / En
el cerco del valle de Elqui / bajo la luna de fantasma, / no sabe-
mos si somos hombres / o somos piedras arrojadas!*

Esos seres humanos, esa carne de piedra, con alma cósmica, se lanza al tiempo para hacer historia en el espacio andino, y construye cultura de alta civilización. Ahí están Tiwanaku, el Cusco, Palenque, Chichen Itzá, etc. Gabriela Mistral continúa:

*Sol de los incas, sol de los mayas, / maduro sol americano
/ sol en que mayas y quichés / reconocieron y adoraron, / y en
el que viejos aimaraes / como el ámbar fueron quemados. Esa
cultura, esa manera de ver, sentir y pensar el mundo es un caer
en el tiempo para subir a las alturas del llamado de la mon-
taña: (...) De ti (cordillera) rodamos hacia el Tiempo / y su-
biremos a tu regazo; / de ti caímos en grumos de oro / en
vellón de oro desgajado, / y a ti entraremos rectamente / según
lo dijeron Incas magos.*

Esas culturas que florecen entre cactus, paja brava, el maguey y las Kishwaras, con la flora y la fauna andinas, acunando a gentes que bajan hacia el mar, construyendo pisos ecológicos en su afán de integración de climas, personas y otras culturas, en las cuales late el espíritu humano, tan abierto al llamado de lo infinito, a la solidaridad, a la constante transformación de caminos vitales, para que injerten nueva vida, nueva cultura, otra manera de ver al mundo, de pronto, en un recodo del destino, los nat-



Fotografía: Alvaro Rojas - museo de G. Mistral

Nuevos Microcuentos

de Homero Carvalho



se publicó con los auspicios

vos se encuentran con hombres distintos a ellos, que hablan un idioma incomprensible, tienen costumbres diferentes, adoran a un Dios invisible, al cual, paradójicamente, miran clavado en una cruz que tiene los brazos abiertos, en gesto de permanente acogimiento, y quedan mudos, en suspenso, conturbados e impotentes al verlos destruir a sus dioses, abatir su cultura, y, entonces, con el tesón de seres humanos que se encaminan a la eternidad dejando tras de sí huellas dolorosas o heroicas, monumentos externos o internos, invisibles a la mirada poco atenta; con dolor, quizá con rabia, pero firmes en su vocación de ser humanos, abren su espíritu a la cultura recién llegada, en el parto que da nacimiento al mestizo, tanto como nuevo ser humano presente en la historia, como a la nueva cultura mestiza, capaz de renovar a ambos progenitores, el indio americano y el blanco español, en un encuentro que renueva la vida espiritual de occidente. Esto sucede porque la vida humana es una permanente apertura de montes y de almas para recibir y dar vida interior, para intercambiar experiencia vital, para canjear culturas, actitud que inyecta, siempre, nueva vida a la vida que culmina. De ahí que el encuentro termine con la apertura de los corazones en el momento de la mutua cooperación renovadora. Gabriela Mistral, en otro poema, *Procesión india*, de su libro *Lagar*, dice:

*Rosa de Lima, hija de Cristo / y Domingo el misionero / que
sazonas a la América / con Sazón que da tu cuerpo: / vamos en
tu procesión / con gran ruta y grandes sedes /, y con el nombre
de "Siempre" / y con el signo de "Lejos". / Y caminamos car-
gando con fatiga y sin lamento / unas bayas que son veras / y
unas frutas que son cuento: / el mamey, la granadilla / la pita-
haya, el higo denso.*

Volviendo al poema *América*, nos muestra a los Andes de hoy en día, donde siete pueblos compartimos el embrujo de la cordillera:

*Caminas, madre, sin rodillas / dura de impetu y con-
fianza; / con tus siete pueblos caminas / en tus faldas aci-
guñadas; / caminas la noche y el día, / desde mi estrecho a
Santa María, y subes a las aguas últimas / la cornamenta del
Aconcagua. / Pisas del valle de leches, / amaratando las hi-
gueras; / cruzas el cingulo de fuego / y los ríos Dióscuros
lanzas / pruebas sargassos de salmuera / y descendes aluci-
nada...*

Poesía saturada con la fuerza del Ande, con la cultura que han producido hombres de diferentes latitudes de este espacio del continente. Tarea del americano que mira a la América nuestra, indohispana y llena de vida: Labor que la generación posterior a la de la Mistral ha recogido con poetas como Neruda, quien, de igual manera, dedica maravillosos versos a nuestra tierra, en su *Canto General*, que lo conduce hasta las alturas de Machu Picchu, y tantos otros vates que han cantado a nuestra América y su cultura, con pasión, con voluntad y con deseo de comprender a este continente. Actitud que, en mucho se debe a esta escritora de la cual, ahora, tengo la honra de entregar al público boliviano, en nombre de la Academia Boliviana de la Lengua, esta *Antología*, publicada con los auspicios de la Asociación de Academias de la Lengua Española, en la Editorial Santillana.

Origami

Tomiashe Arakaki tardó una vida en descubrir todas las formas secretas que encierra el papel. Cuando, por fin, creyó que había dado forma al último de los animales de la creación, supo que aún le faltaba un mamífero. Con la experiencia ganada en sus setenta años, dobló y plegó, hábilmente, la hoja y, en segundos, fueron apareciendo las extremidades, el tronco y la cabeza del hombre. Satisfecho con su obra lo dejó sobre la inmensa mesa en la que, a lo largo de siete décadas, había ido acumulando sus seres de papel y se fue a descansar. Al día siguiente, varios de sus más hermosos animalitos habían sido cazados.

Naufragio

A esas horas de la madrugada, el bar estaba desolado, como si un tifón hubiera pasado por allí dejando todo devastado, vasos, botellas, ceniceros, sillas y mesas tiradas por todo el lugar; más allá, cerca de los baños, un par de borrachos, abandonados de la mano de Dios, se tambaleaban como barcos a la deriva.

El despertar

Eva salió del paraíso con una mano atrás y otra adelante. Asombrada e incrédula, ante lo que sus edénicos ojos veían, levantó las manos para pellizcarse y despertar del sueño y así fue que empezó la sabiduría.

El converso

El Ministro de Gobierno, Interior y Justicia, fue un gran defensor de los derechos humanos, hasta que tuvo poder.

Guerrillero de la palabra

Ante la bandera roja, serigrafada con la famosa imagen del Che Guevara, el poeta revolucionario reafirmó su intención de ir a la montaña. Yo también quiero ir con ustedes, a contemplar el cielo, los montes y los ríos, a sentir que soy la Tierra y así volver a escribir. Mis armas serán las palabras, certeras y mortíferas como las balas de una carabina, declaró y se quedó escribiendo, antes de que se le fuera la inspiración, mientras los demás partieron al encuentro de las balas de la carabina.

Sentencia lapidaria

Culpable, sentenció y tiró la primera piedra. El espejo se rompió en mil pedazos.

Pregunta para los teólogos

Si es cierto que Dios creó a los seres humanos a su imagen y semejanza, ¿quién creó a los locos?

Pesadumbre

Ayer, me encontré con mi compadre Macedonio Fernández y me preguntó por qué estaba tan apesadumbrado. Le respondí que había vuelto de un lugar de donde nadie volvía y tenía a mucha gente asustada. ¿Porqué están asustados?, insistió el muy testarudo y yo le respondí que, más allá de la realidad, me había enterado de cosas acerca de ellos, y tenían que, en algún momento, las contase.

La venganza del desquiciado

Tomó el nombre y los apellidos del gusano entintado, los multiplicó por cero y luego se sentó a mirar como las letras desaparecían de las agendas, de las guías telefónicas, de las antologías y de las tapas de los libros.

Lector

Disculpe, señor, por ahí andan diciendo que usted leyó mi libro. Si eso es cierto, quiero que lo certifique, porque usted es el único que lo ha leído. ¿Me puede dar su autógrafo?, se lo ruego, porque si no lo hace, nadie me lo va a creer.

Enigma

Todos los enigmas del universo se descifran en los sueños, pero al despertar los olvidamos.

Según el poeta y novelista Jorge Suárez,
el beniano Homero Carvalho
es un narrador maestro de la pequeña historia.



Jorge Luis Borges



Jorge Luis Borges (1899-1986). Poeta, narrador y ensayista argentino. Sus libros de poesía son: *Fervor de Buenos Aires* (1923), *Luna de Enfrente* (1925), *Cuaderno de San Martín* (1929), *El hacedor* (1960), *El otro, el mismo* (1964), *Para las seis cuerdas* (1965), *Elogio de la sombra* (1969), *El oro de los tigres* (1972), *La Rosa Profunda* (1975), *La Moneda de Hierro* (1976), *Historia de la Noche* (1977), *Adrogué* (1977), *La Cifra* (1981) y *Los Conjurados* (1985).

1964

I

Ya no es mágico el mundo. Te han dejado.
Ya no compartirás la clara luna
ni los lentos jardines. Ya no hay una
luna que no sea espejo del pasado,

Cristal de soledad, sol de agonías.
Adiós las mutuas manos y las sienes
que acercaba el amor. Hoy solo tienes
la fiel memoria y los desiertos días.

Nadie pierde (repites vanamente)
sino lo que no tiene y no ha tenido
nunca, pero no basta ser valiente

Para aprender el arte del olvido.
Un símbolo, una rosa, te desgarras
y te puede matar una guitarra.

II

Ya no seré feliz. Tal vez no importa.
Hay tantas otras cosas en el mundo;
un instante cualquiera es más profundo
y diverso que el mar. La vida es corta

Y aunque las horas son tan largas, una
oscura maravilla nos acecha,
la muerte, ese otro mar, esa otra flecha
que nos libra del sol y de la luna

Y del amor. La dicha que me diste
y me quitaste debe ser borrada;
lo que era todo tiene que ser nada.

Sólo me queda el goce de estar triste,
esa vana costumbre que me inclina
al sur, a cierta puerta, a cierta esquina.

Poema de los dones

Nadie rebaje a lágrima o reproche
esta declaración de la maestría
de Dios, que con magnífica ironía
me dio a la vez los libros y la noche.

De esta ciudad de libros hizo dueños
a unos ojos sin luz, que sólo pueden
leer en las bibliotecas de los sueños
los insensatos párrafos que ceden

las albas a su afán. En vano el día
les prodiga sus libros infinitos,
arduos como los arduos manuscritos
que perecieron en Alejandría.

De hambre y de sed (narra una historia griega)
muere un rey entre fuentes y jardines;
yo fatigo sin rumbo los confines
de esa alta y honda biblioteca ciega.

Enciclopedias, atlas, el Oriente
y el Occidente, siglos, dinastías,
símbolos, cosmos y cosmogonías
brindan los muros, pero inútilmente.

Lento en mi sombra, la penumbra hueca
exploro con el báculo indeciso,
yo, que me figuraba el Paraíso
bajo la especie de una biblioteca.

Algo, que ciertamente no se nombra
con la palabra azar, rige estas cosas;
otro ya recibió en otras horrosas
tardes los muchos libros y la sombra.

Al errar por las lentas gulerfus
suelo sentir con vago horror sagrado
que soy el otro, el muerto, que habrá dado
los mismos pasos en los mismos días.

¿Cuál de los dos escribe este poema
de un yo plural y de una sola sombra?
¿Qué importa la palabra que me nombra
si es indiviso y uno el anatema?

Groussac o Borges, miro este querido
mundo que se deforma y que se apaga
en una pálida ceniza vaga
que se parece al sueño y al olvido.

Arte poética

Mirar el río hecho de tiempo y agua
y recordar que el tiempo es otro río,
saber que nos perdemos como el río
y que los rostros pasan como el agua.

Sentir que la vigilia es otro sueño
que sueña no soñar y que la muerte
que teme nuestra carne es esa muerte
de cada noche, que se llama sueño.

Ver en el día o en el año un símbolo
de los días del hombre y de sus años,
convertir el ultraje de los años
en una música, un rumor y un símbolo,

Ver en la muerte el sueño, en el ocaso
un triste oro, tal es la poesía
que es inmortal y pobre. La poesía
vuelve como la aurora y el ocaso.

A veces en las tardes una cara
nos mira desde el fondo de un espejo;
el arte debe ser como ese espejo
que nos revela nuestra propia cara.

Cuentan que Ulises, harto de prodigios,
lloró de amor al divisar su Itaca
verde y humilde. El arte es esa Itaca
de verde eternidad, no de prodigios.

También es como el río interminable
que pasa y queda y es cristal de un mismo
Heráclito inconstante, que es el mismo
y es otro, como el río interminable.

El Toro, a cuatro manos de traducción

Comentario del escritor Demetrio Reynolds a un cuento premiado de Carlos Condarco Santillán

Reseña bibliográfica

Es una novedad en nuestro medio que un cuento se publique traducido simultáneamente a cuatro lenguas. A la versión original en español, sigue a del Quechua y el Aymara, entre las nativas, y luego el Inglés y el Alemán, entre las extranjeras.

La edición acaba de lanzarse a través de Latinas Editores Ltda. Oruro-Bolivia. Julio del 2010. Se trata de *El toro*, un relato que forma parte de la obra *Arteaga el inmortal*, galardonada con el Primer Premio en Cuento en el XIV Concurso Anual de Literatura *Franz Tamayo*, de la H. Municipalidad de La Paz, el año 1980.

La traducción estuvo a cargo de especialistas que en su respectivo campo lingüístico comprometieron su esfuerzo para reflejar, con la mayor fidelidad posible, (ardua tarea) el aliento poético y el contenido. Hay unas lenguas más difíciles que otras para traducir. Miguel Ángel Asturias se quejaba de sus traductores alemanes: *Han descuidado los elementos poéticos de mis novelas*.

La obra está realizada y hay un horizonte abierto para su difusión hacia fuera y hacia dentro del país. Ahora, la joya literaria junto al nombre de su autor recorrerá el mundo por distintos caminos. Es buen motivo para sentirse orgullosos.

Perfil sintético del autor

Carlos Condarco Santillán (Oruro - 1946), es poeta, investigador, ensayista y narrador de buenos quilates. Me voy a referir en este breve comentario al artífice de los cuentos. Más específicamente a *El toro*.

Es difícil, por no decir imposible, que un artista pueda apartarse de lo que le rodea y del tiempo histórico que le cruza. Por el contrario, es sabido que una obra es más auténtica cuanto más relacionada esté con la vida, empapada de vida. No hay obras de ficción que sólo sean ficción, tampoco aquellas de factura enteramente testimonial. Aunque es evidente que la combinación de ambos elementos es variable. Alguien ha dicho que siempre se parte del terreno real donde se está o donde se pisa, pero el rumbo ulterior de la narración es imprevisible.

Desde este punto de vista, la obra narrativa de Condarco ¿en qué marco histórico se inscribe y en qué ámbito de la vida se desarrolla? Intentaré aproximarme a ello. Es un escritor de la segunda mitad del siglo XX. Estrena la palestra pública con AGRAZ, su primigenia obra poética, en 1972. La narrativa boliviana de entonces registra autores y títulos con un repertorio temático inspirado en las guerrillas. La dictadura de Bánzer marca el destino de esa generación. Muchos toman el camino del exilio. Pedro Shimose, Ramón Rocha son, entre otras, las personalidades representativas. A nivel continental impera la corriente literaria del realismo mágico con diversos matices regionales. Es la época del *boom latinoamericano* que anota nombres de relieve mundial, laureados algunos con el premio Nobel de literatura. Los dioses de la hora se llaman García Márquez, Asturias, Borges, Cortázar, Vargas Llosa...

De la lectura de sus cuentos, parece razonable colegir que Carlos Condarco es un escritor con profunda sensibilidad terrígena. Es un hombre que gusta del campo y no le es ajena la faena laboral agrícola. Un gran jinete, ha recorrido a caballo por varias provincias. La mayor parte de sus relatos describen con mano maestra ese escenario rural y el paisaje andino. Sus personajes son tipos humanos observados con meticolosa atención, los ha retratado con sus anhelos, sus frustraciones y sus vivencias íntimas. En algunos, como expresión del temperamento peculiar del escritor, corre como entre líneas cierto humor irónico, a veces corrosivo. También hay otros que reflejan la visión del escenario urbano y la co-

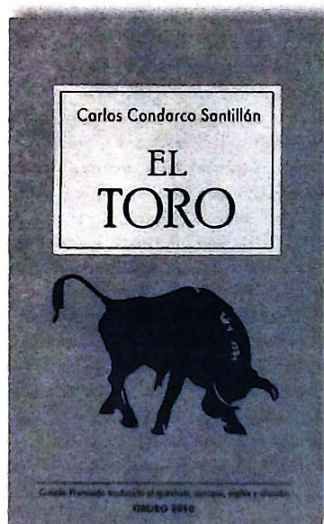
media humana que en él se desarrolla. Casi en todos, hay una vena satírica poco explotada que aparece sutilmente en los relatos. Con esos elementos, es un escritor que se realiza dentro de una órbita propia y personal.

Como se recordará, es el cuento en la narración lo que el soneto en la poesía, por sus exigencias en lo que hace a la unidad episódica del tema, la sintética brevedad del relato y la gracia del estilo narrativo. *La brevedad es hermana del talento*, decía Chejov, uno de los maestros universales del género. En nuestro autor se dan con holgura esos requisitos.

Después de sus primeros poemarios, Condarco aparentemente no ha vuelto al verso. Pero no ha dejado de ser nunca poeta. Está presente en cada página, sin interferir ni disputarle su campo al narrador. Es una prosa limpia, nítida, exenta de todo rípiio lírico, la que cultiva Condarco.

La literatura infantil en Bolivia

¿Hay otra palabra que resuma ternura y querencia pro-



funda que niño o niña? La respuesta parece obvia. Pero hay realidades y realidades, como en todo del acontecer humano, demasiado humano.

No tenemos muchos autores ni muchas obras donde el personaje o el motivo de la creación literaria sea precisamente el niño. No obstante, en los años 90 se dijo que la literatura infantil había cobrado cierto auge, tanto en la empresa editorial cuanto en la difusión del libro nacional. Destaca la extraordinaria labor de la novelista Gaby Vallejo en su empeño de fomentar la lectura infantil. En la poesía —como es notorio— el más visible valor que tenemos es Oscar Alfaro. Avizorando hacia fuera nos tocamos de plano con la egregia figura de Gabriela Mistral, la adolorida autora de *Canciones y Ternura*.

De la narrativa nacional en el siglo XX, Víctor Montoya ha recogido en antología una treintena de autores. Titula *El niño en el cuento boliviano*. Estocolmo - Suecia (1999). Estos cuentos —se dice en la contratapa— *escritos con el vértigo de la pasión y la fuerza de la inteligencia, están destinados al niño que habita en nosotros, al que se niega a abandonarnos y nos contempla desde el fondo del alma*. Uno de los autores seleccionados para esa antología es Carlos Condarco, con el cuento que es objeto del presente comentario.

El Toro: Resumen y comentario

El narrador-personaje es quien nos cuenta, desde adentro, que él y Martín se han quedado solos en el rancho. La madre está muerta. El padre volverá en tres días. Son de cuatro y seis años los niños; ellos tienen que hacer su comida. Un día, al retomar del arroyo a donde fueron por agua, lo vieron por primera vez. *Era negro*. Después lo vieron de nuevo cerca del rancho. Una tarde surgió como una pesadilla y los embistió súbitamente. Con el toro tras de ellos, corrieron a refugiarse al rancho. Se acostaron esa noche sin comer. Martín llamó en sueños a la madre. Ya no podían salir. Sin agua, el hambre empezó a acosarlos. Los convirtió en sus prisioneros, la bestia estaba cerca, muy cerca. Entonces *vimos nuestro desamparo frente a nosotros, desnudo y aterrador*. Martín, el menor, ha amanecido muy débil. Una mosca ha venido a posarse sobre su *fija pupila abierta*. Afuera se escucha chapalear al toro en el arroyo.

Ahí se cierra la línea tensa del relato. Tiene un fin abierto al estilo de las narraciones de Chejov, que según él es *más representativo del transcurrir de la vida*. Todo indica que la sed aniquiló a Martín. Es probable que corrió la misma suerte el otro hermanito. Tal vez el padre ya no vuelva nunca. Se supo que gente de este lado murió en un accidente carretero de esos días.

Se puede definir como cuento dramático. Hay equilibrio entre el paisaje como escenario del relato y la dinámica del desarrollo narrativo. Una mano segura diseña los perfiles con soltura, sobriedad y precisión. Poco hablan los niños. Ni lloran siquiera. El silencio tenso que les rodea es un elemento que contribuye al efecto dramático. Resalta con nitidez la soledad, la pobreza y el abandono.

Me parece que en *El toro* hay, además, junto a la calidad estética, una perceptible expresión simbólica. La bestia que acomete a los niños en medio de la soledad y el desamparo, ¿no es acaso la pobreza y otras necesidades primarias insatisfechas que acosan cotidianamente a nuestros niños en Bolivia?

Oigamos lo que a este propósito dice la escritora Giancarla de Quiroga al comentar la Antología de Víctor Montoya: *No es casual que muchos cuentos describan la situación dramática de niños de sectores con necesidades básicas insatisfechas, ellos representan la mayoría en el país y lamentablemente no hay políticas dirigidas a la niñez*.

Decíamos al comenzar que ahora *El toro* recorrerá el mundo por diversos caminos lingüísticos, pero su destino mejor tiene que estar aquí dentro, en ese gran mundo de lectores potenciales que es la población infantil boliviana.

A manera de colofón, permitídmelo añadir una cosa que, por su rareza y originalidad, bien vale la pena destacarla. En la contratapa del libro, tras una lúcida valoración de la obra del poeta y del escritor, asoma el corazón de la compañera del hogar, para decirle a Carlos: *Al cabo de todos estos años... puedo decir con orgullo que éste es el hombre al que amo*. Ella es Lidia Castellón.

Adolfo Cáceres Romero

LA MÁQUINA DEL TIEMPO

Literatura boliviana del periodo republicano

Escritores representativos



Benjamín Lenz. La Paz, 1836 - Beni, 1880. Abogado, profesor, poeta y dramaturgo. Cursó estudios en su ciudad natal, doctorándose en leyes en 1865. Dedicado a la instrucción escolar, fue nombrado Rector del Colegio Aya-cucho y posteriormente consejero de la Universidad.

También se desempeñó como diputado nacional en los congresos de 1861 y 1863. Ejerció los cargos de Prefecto de Mejillones en dos oportunidades y una en el Beni; fue Oficial Mayor del Ministerio de Relaciones y Cónsul general en Brasil. Trabajó en el Ministerio de Guerra, asimilado en el ejército con el grado de Coronel. Fue herido el 12 de marzo de 1875, en el ataque al Palacio de Gobierno durante la Presidencia de Tomás Frías.

En 1861 publicó su poemario *Flores de un día*. También se dedicó al teatro y escribió las siguientes piezas: *Amor, celos y venganza*, *El hijo natural*, *Borrascas del corazón*, *La mexicana* y *El guante negro* (en verso). Dirigió los periódicos *La voz de la juventud*, *El Telégrafo* y *La Causa Americana*. Sus poemas son espontáneos y de arte menor con temática variada donde predomina el dolor y la incertidumbre aun en sus versos de carácter místico. A continuación dos de sus composiciones más difundidas:

La rosa blanca en el capullo

*Símbolo de la inocencia
duerme en tu tallo inclinada,
que ya viene la alborada
y tras ella ardiente sol.
No abras tus hojas de nieve
porque el astro con su fuego
puede marchitarlas luego
y darlas al aquilón.*

*Comprime tus blancas hojas,
no te sature el ambiente,
que con un beso inocente
puede empañar tu esplendor
¡Ay!, no dejes que el rocío*

*penetre tu casto seno,
porque rebosante y lleno
ahogará tu corazón.*

*Envuelta en blancos cendales
duerme flor, sin ilusiones,
que silben los aquilones,
trueno el rayo matador
sin despertar sosegada,
duerme de cuidado exenta
que aunque ruja la tormenta
tendrá de ti compasión.*

A Dios

*¿Qué es lo busco y anhelo?
¿Por qué en mi pecho un vacío
triste siento?*

*¿Por qué mis ojos al cielo
se toman en el desvío
o el contento?*

*¿Sale un suspiro profundo
y una lágrima que oscila
misteriosa?*

*¿Estos suspiros y llanto
buscan acaso una amante
que han perdido?*

*¿O recuerdan el encanto
de ilusiones que un instante
han traslucido?*

*¡Oh Dios!, nada, nada de esto
recuerda ni anhela el alma,
¡Dios clemente!*